

# Farfacá siglo XXI

**H**oy en el Farfacá, las rocas, pictografías y moyas están dentro de las fincas de pequeños o medianos propietarios, dedicados a la ganadería lechera, la agricultura de papa, cebolla y arveja, la fabricación de ladrillos en chircales, la venta de piedra y la explotación de canteras<sup>69</sup>.

La agricultura, requiere de un espacio libre de piedras, que permita el paso del arado para preparar la tierra. El agua se obtiene de reservorios o pozos de buen tamaño, donde se almacena el agua de acequias o quebradas y de aguas lluvias; en algunos casos los reservorios se construyen aprovechando las paredes de las rocas, que pueden tener pinturas. En los últimos años se han abierto caminos o accesos a las zonas de cultivo, lo que ha arrasado con vegetación nativa y con ciertas rocas. La eliminación de la vegetación natural despoja de protección y de sombra a las rocas, y produce la pérdida de las pinturas. El uso frecuente e intensivo de fertilizantes e insecticidas podría estar afectando las pinturas rupestres.

La explotación de canteras es uno de los riesgos que se tienen, pues destruye la piedra para venderla como material de construcción.

---

<sup>69</sup>Gregory Vaughan y, Carolina Torres, 2010.

En la parte alta del valle, hacia la cabecera del río Farfacá, en límites con Sora, el sistema productivo se basa en la explotación de la tierra en pastos y maíz para el ganado, específicamente para la leche; el riego de esta amplia zona (20 hectáreas) afecta el suministro de agua de las pequeñas fincas de los arrendatarios del fondo del valle, en las que se cultiva cebolla y papa, cultivos que requieren químicos y mano de obra que se cubren con crédito. En la parte media y alrededor del río, las familias trabajan la ganadería extensiva; el agua les llega por acequias controladas por las fincas de la parte alta.

En toda el área hay fincas donde se cultiva arveja, cebolla y pasto en menor escala, la agricultura se combina con el levante de vacas lecheras y ovejas y la explotación de la cantera; la mayor inversión está en el riego para los cultivos y el pasto. La explotación de la piedra es una alternativa complementaria a su economía familiar. Hacia la carretera están las ladrilleras industriales, propiedad de familias que tienen los mismos cultivos, pero se dedican también a la producción de ladrillos; aquí no se utiliza el riego, lo cual hace muy precaria la producción agrícola, por lo que se depende más de las otras actividades. Hay una actividad exclusiva: la explotación de canteras con dinamita para obtener arena y materiales de construcción.

### **¿Qué representan hoy las rocas, las moyas y las piedras pintadas?**

Los habitantes de las veredas Tras del Alto, de Tunja, y Ristá y Carbonera, de Motavita, han crecido en un ambiente en el cual las pictografías, las moyas y las rocas, al igual que otros elementos naturales y culturales, forman el paisaje cotidiano; paisaje que ha sido definido y actualizado por sus padres y por sus abuelos no necesariamente como el arte de los antiguos o como parte de la religión de los muiscas o de los herrera, sino como un elemento vivo que, como los ríos y los caminos, tiene historias y denominaciones: “retrato del gallo”, “los muñecos que se besan”, “las ollas”, “la piedra del policía”, “la piedra libro”, “la 19”, “las escudillas”, “la botella”, “el barril del diablo”, “el colegio”, “la mesita”, “la mesa de jugar los indígenas”, “las costillas del diablo”, “la piedra que llora”, “la piedra miedosa”....

Para los habitantes del sector del Farfacá hoy hay pictografías que fueron hechas por los indígenas: “se llama piedra de los indígenas porque ellos hicieron todo eso [...] decían que eran los indios los que habían dejado esos dibujos, que habían vivido debajo de esas piedras, que en una de esas piedras cocinaban y que en otras dormían, decían los más antiguos, ellos ya fallecieron [...] decían que los indios chibchas habían dejado marcadas las piedras”<sup>70</sup>.

<sup>70</sup> Federico Guachetá, Florencia 07-05-2000, en La piedra del Muñeco o piedra de los indígenas -FrF016.

Las pinturas de los indígenas son mapas para encontrar tesoros, son también tatuajes o letreros:

- “Donde dejaron el mapa los indígenas... Mapa para encontrarse el oro; donde hay oro dejan las piedras marcadas” (FrF16)<sup>71</sup>.

- “Hay letreros ahí en unas cañadas, cañada de los chibchas, en las piedras tan sumamente patentes...”<sup>72</sup>.

- “Letreros de los indígenas, tienen tatuajes”<sup>73</sup>.

- “En las piedras están 'los nombres de los caciques -Hunza, Hunzahua y Garanchacha-, decían en la escuela”<sup>74</sup>.

- “... la piedra es como lindero... con la finca de Santiago Borda... quién se va a poner a mover una piedra de p'allá y de p'aca”<sup>75</sup>.

En la actualidad los soportes de las pictografías se han utilizado en algunos casos como límite de las fincas o como pared de la cochera del marrano, del depósito de papa o del reservorio de agua; sobre ellos se pegan avisos de los candidatos políticos, y en uno de ellos se entroniza la Virgen María; o cada vez más se quiere imitar el ejercicio de la escritura repintando los dibujos antiguos, o añadiendo nuevos textos, y, en el peor de los casos, se han dinamitado para obtener cimientos de construcción, o se van destruyendo para darle paso a las zonas de cultivo.

35 de las 134 piedras descritas en este catálogo se han recogido relatos y denominaciones que se reconocen en el entorno del río Farfacá y sus afluentes, en las veredas Tras del Alto, de Tunja, y Ristá y Carbonera, de Motavita. Los distintos relatos acompañan las piezas del catálogo.

Estas 35 piedras han sido escogidas, en unos casos, porque la forma de la piedra se parece a un personaje o un determinado objeto: un libro (FrF11), la cabeza de un policía (Fr), la mesa de billar, Bolívar, la Catedral, el barril del diablo (FrF04), un beso (FrF16), los muñecos (FrF16), la huella de la pata del diablo (FrC04), etc. La piedra “el libro” se define por la forma rectangular y

---

<sup>71</sup>

<sup>72</sup>J. C. Castro, Florencia, septiembre de 2002.

<sup>73</sup>Darío Suárez, Ristá, agosto 9 de 2000.

<sup>74</sup>María Luisa de Castro, septiembre de 2009

<sup>75</sup>Evangelina Infante, San Francisco, septiembre de 2000

plana, y los caminos de líquenes que construyen las hojas del libro; la del “Policía” muestra la cabeza de un hombre con cachetes y quepis; la del barril del diablo es una especie de hueco alargado con un reborde en la boca; la de los muñecos, o el beso, son dos estructuras de piedra que se unen; las moyas de San Ricardo (FrB4) tienen un conjunto de huecos o “tazas” o escudillas en la superficie.

Frente a estas rocas, abuelos y nietos viven y conocen historias, refieren eventos que les han sucedido en una temporalidad reciente, ante lo cual tienen una actitud de reto o de miedo. Las piedras con más relatos y referencias son las que guardan o esconden tesoros, o al diablo o a muertos recientes o antiguos. Entre las piedras que marcan la presencia del oro, de tesoros escondidos, están “La Pila del Gallo” (FrE49), “Los Muñecos” (FrE16) y “Piedra miedosa” (FrH01); en estas piedras se menciona a la persona que se ha beneficiado o ha dejado pasar el tesoro; generalmente son relatos recientes. “La Pila del Gallo” es una piedra con un hueco, o



moya, donde cuando canta un gallo en semana santa aparece el oro; las distintas versiones dan detalles del momento de la aparición del tesoro, que involucran el nacedero de agua, la moya, el gallo de oro, el gallo que canta, la serpiente; se define también el tiempo y el momento en el año en el que puede suceder: de noche, en menguante, en semana santa, y se especifica el procedimiento para encontrar el tesoro: tapando la moya o echando sal.

En el caso de la piedra de “Los muñecos”, o de los indios, se considera que allí éstos dejaron escrito el mapa que lleva a los tesoros que están debajo de la piedra; se mencionan los requisitos para que se abra el lugar: haciendo una cruz con sangre del dedo puesto sobre las pinturas de la piedra.

Hay otras piedras que se definen por la presencia del diablo; él vive allí, debajo de ellas se esconde o cocina o las recorre; también son piedras que él carga y descarga, las mueve, es donde están sus objetos de trabajo, o donde deja sus huellas (“La pata del diablo” (FrC04), “El costillar del diablo” (FrB1), “Donde se sentó el diablo” (FrB3). Al transcribir y localizar estas piedras en el mapa, siguiendo los relatos, se puede apreciar que hay un recorrido: por el nacimiento del río Farfacá, en Mochilas, en la parte alta, el diablo descargó una piedra, “piedra Gorda” (FrH3r),

cerca de allí, el diablo cargó la “piedra miedosa” (FrH01), piedra en la que hoy en día se aparece; en el curso medio del río, en la desembocadura de la quebrada Florencia, está el conjunto de “las piedras del diablo”, una es “el barril donde el diablo batió la chicha”, otras tienen las señales de su cuchara y su tenedor, también aparece la huella de su mula, y, más apartada, su olla. En línea hacia el cerro de San Lázaro en Tunja<sup>76</sup>, caminó borracho, se resbaló y dejó la huella de un codo y un pie. En la quebrada El Infierno, en el recodo conocido como el Infiernito, donde está el bosque del Diablo, allí hay piedras marcadas con la pata del diablo, la silla donde se recostó, el lugar donde quedaron marcada las costillas. Finalmente, cerca a Motavita descargó otra piedra, llamada “la piedra del diablo”.

Las personas que recorren la zona pueden sentir temor, pues se sabe que el diablo sale, asusta, araña, juetea, golpea, da muendas, hace brincar y esconde a las personas cuando pasan de noche, especialmente a las mujeres o a los hombres borrachos. El diablo hace temblar la tierra cuando molestan el agua, cuando le tiran piedras; no le gusta que pasen junto al río donde él está; pero, al igual que las personas, se emborracha, se cansa, cocina, come, se recuesta, se sienta, monta en mula y hace cosas fuera del alcance de los humanos, como cargar piedras muy grandes, aparecer y desaparecer.

La tradición oral describe las moyas de San Ricardo, o las “escudillas”, como el lugar donde el cacique de Motavita paraba a tomar chicha; el nombre de las escudillas va a quedar en una venta de chicha, punto de encuentro de la gente de Motavita cuando regresa de Tunja<sup>77</sup>. Al otro extremo, hacia el nacimiento del río, hay otras escudillas, donde se paraba a descansar con los muertos que traían de Iguaque a enterrar a Tunja, piedra que hoy llaman la “19”, porque este número aparece en ella.

Otras piedras reconocidas son aquellas donde se han enterrado personas. Especialmente en el páramo, en Monte Miedoso, enterraron a la gente que murió de viruela; en Monte Oscuro está un niño que murió sin que sus padres lo bautizaran, su alma en pena sale y asusta, también desde allí se ven volar las brujas.

En Monte Negro, espacio oculto por vegetación nutrida, se refiere el enfrentamiento entre indígenas “finados”, y un hombre que los había ofendido; allí se unen indios, diablo, tesoro y

<sup>76</sup>En el siglo XVI se conoció como la Loma de Los Ahorcados, por los rituales que allí se realizaban; hoy allí está la iglesia.

<sup>77</sup>Germán Villate, 2001, p. 148.

extranjero el hecho fue relatado por los niños de la escuela Ristá, en 2000, de la siguiente manera:

“Que había una vez, que como eran indígenas que habían enterrado hartísimos finados ahí y que un señor había cruzado con un toro pu'ai pa'lla. Y se le presentaron todos los jinados ahí adelante en el piso. Y el señor se pegó el susto, pegó el brinco al otro lado, pegó el brinco y, pum, cayó en una llamarada que taba encendida. Y llegó y se quemó y el toro también pegó el brinco y allá cayó encima. Y él era diciendo que auxilio. Y todos los finaos lo cogieron y le dieron una muenda. Y él se vino, y se fue para su casa y, cuando eso, se le presentó el diablo y lo llevó otra vez pa'lla. Y él gritó que auxilio, que él no había hecho ninguna ofensa, que iba era por un toro, y se fue. Y otra vez el diablo fue y lo cogió. Y cuando se quitaron todos esos finaos de ahí se fueron pu'lla pa'l monte oscuro. Y cuando éste llegó le tiraron una mata al piso y ¡pum! se le presentó el oro y él lo cogió y lo golvieron pedazos... lo golvió pedazos el diablo... y al toro lo mataron puallá (Niños Escuela de Ristá, 16-12-00)”.

Tanto para los niños como para los adultos, la presencia de piedras en su entorno es testimonio del actuar del diablo y de la presencia de tesoros; el entorno está lleno de vivencias expresadas en la riqueza de interpretaciones, en la actitud colectiva frente a las piedras, en la manera particular como se han apropiado de una toponimia, de montes, ríos y quebradas. Habitan un paisaje que reconocen a través de las historias de vecinos, de sus abuelos, de sus padres. Las piedras marcan culturalmente el territorio de los habitantes del siglo XXI, y les reiteran día tras día su historia: la época de los indígenas, los indios muertos, el paso de Bolívar, el tiempo en que no había cementerios en Iguaque, la viruela..., y, como se aprecia en el relato anterior, la memoria colectiva construida en los años de conquista y colonización se expresa en un sentimiento de desagravio, de no pasividad, de no silencio.

Esta vida estrecha de las poblaciones vecinas del río y su entorno deja ver relaciones menos cercanas con pictografías que podrían haber sido utilizadas por sociedades pasadas, hace unos dos mil años. De 112 pictografías referenciadas en este catálogo, la tradición oral sólo se refiere a una pictografía, la FrF16, destacada por su visibilidad en la zona, por su gran tamaño, por el contenido pictográfico, por la variedad de denominaciones (el beso, el colegio, los muñecos, los amantes, la piedra de los indígenas). Tal vez en otro momento se pueda aclarar si tan escasa

referencia se deba a lo limitado de esta primera recopilación, o a los silencios u ocultamientos que la comunidad tiene sobre determinados lugares, o si las pinturas antiguas no tienen mayor significado para las comunidades actuales.

El paisaje del Farfacá, con sus testigos vivos de piedra, permite visualizar procesos sociales y culturales en los cuales las poblaciones de la región han dado respuestas múltiples en momentos de cambios importantes, como una conquista forzada y violenta, la cristianización y la modernización que las han atravesado.

Este reconocimiento del territorio del Farfacá, que hasta ahora se ha hecho, más que definiciones y caracterizaciones puntuales deja una serie de interrogantes; tal vez esté en manos de los estudiosos de las ciencias sociales, de los maestros, los estudiantes, instituciones y comunidades locales explicar esta historia o ¿tal vez está en manos del silencio que resiste? Entre dichos interrogantes están:

-¿Los tesoros que hoy se han encontrado debajo de las piedras se relacionan con el oro que las comunidades indígenas de la vertiente de Iguaque escondían debajo de las piedras para preservarlas de los españoles?

-¿ El sentimiento que se expresa en el relato de los niños de Piedra miedosa, tiene que ver con los saqueos y quemas de santuarios y cucas y persecución religiosa del siglo XVI y XVII?

-¿El recorrido del diablo, dejando marcas en las piedras, tendrá que ver con el recorrido de Bochica? ¿Tendrá por propósito proteger un territorio? ¿Ese diablo será el mismo de los cristianos, de tridente, cachos y cola, que vive en el infierno, o es una especie de diablo protector, o un indígena que se esconde en las piedras y les dice qué deben hacer?

¿Las prohibiciones de los conquistadores de las prácticas religiosas de los muisca que los llevó a esconder ofrendas, abuelos muertos, su manera de pensar, será lo que hoy encuentran debajo de las piedras y llaman tesoros?

¿Cómo preservar estos testigos milenarios, acompañantes de las distintas sociedades que han ocupado este lugar por más de dos mil años?